

Transformaciones de vida de las mujeres artesanas Inga de Condagua: el caso de la Asociación Iuiai Wasi (Putumayo)

Changes on artisans women's life from Inga Community (Condagua, Putumayo): the case of Iuiai Wasi Association

Daniela Claros Copete

danycc94@hotmail.com

Programa de Antropología - Facultad de Derecho y Ciencias Sociales - Universidad Icesi

Resumen

La investigación tiene como objetivo explorar los cambios que ha traído la actividad económica y cultural de las mujeres que conforman la Asociación de Artesanos Iuiai Wasi, una entidad étnica, Inga, ubicada en el departamento del Putumayo (Colombia), en tres niveles: sus relaciones al interior de su familia y con su pareja; sus relaciones con las demás mujeres asociadas; y el significado que tiene para ellas la realización de artesanías. Para encontrar las respuestas, se desarrolló una investigación cualitativa en la que se combinan dos herramientas: observación participante y entrevistas semiestructuradas aplicadas a una muestra de las asociadas. Los resultados evidencian que efectivamente se han producido cambios importantes, en todos los niveles, los que se podrían resumir en un fortalecimiento del rol de las mujeres asociadas y un mayor nivel de compromiso con la conservación y promoción de su cultura.

Palabras clave: identidad cultural; artesanía; conocimientos tradicionales; resguardo Inga de Condagua; Asociación de Artesanos Iuiai Wasi.

Abstract

The research aims to explore changes derived from the economic and cultural activity developed for women members of Iuiai Wasi, an artisans association linked to Inga community (Putumayo, Colombia), on three levels: their relationships inside their families; their relationships with the other women associated; and the meaning of doing handcrafts. To find the answers, a qualitative research was developed, combining two tools: participant observation and semi-structured interview to a sample of the associates. Results show important and positive changes at all levels, which could be summed up in a strengthening of the roles the associated women and shows a high level of compromise with conservation and promotion of their culture.

Keywords: cultural identity; Handicrafts; traditional knowledge; Inga's Condagua reserve; Iuiai Wasi an artisans association.

Agradecimientos

Principalmente a “Lucia”, “Rosalba” y “Amanda”, las tres mujeres que participaron con mayor dedicación en mi caso investigación; a todas las asociadas de Iuiyai Wasi; a las personas que me recibieron y acogieron en sus casas, Sineida, Lucha y Ana, por su hospitalidad y su ayuda con mis dudas posteriores; al proyecto “Emprendedoras de subsistencia del suroccidente colombiano: análisis de las relaciones entre las construcciones de género y los programas de asistencia social” por su apoyo financiero, especialmente al investigador Cristian Erazo, parte del proyecto, por su apoyo, guianza en campo y la relación con la comunidad; no tenerlos hubiera complicado realizar esta investigación; a mi tutora, Daniella Castellanos, por brindarme la oportunidad de participar en esta investigación y por su guía; a mi familia y amigas por su ayuda y apoyo, en mis momentos de “crisis” y cuando necesitaba con quién discutir mis ideas e interrogantes.

Introducción

La Asociación de Artesanos Iuiyai Wasi –en Inga, “Casa de Pensamiento”–, es un grupo conformado principalmente por mujeres pertenecientes a la etnia Inga, constituida legalmente en 2011 en el resguardo de Condagua, localizado en la zona rural de Mocoa, Putumayo, a 18 km del casco urbano, (Figura 1). El grupo surge en 2002 como parte del Programa de Familias Guardabosque (PFGB), una iniciativa del gobierno central, que formaba parte del Programa Presidencial Contra Cultivos Ilícitos (PCI), cuyo propósito era ser una fuente de desarrollo alternativo para “las comunidades campesinas, indígenas y afro-descendientes localizadas en ecosistemas ambientalmente estratégicos, que están afectadas por los cultivos ilícitos” (Sánchez de la Rosa, 2008, p.6). La estrategia del programa consistió en brindarle acompañamiento técnico y social a las familias que decidieran erradicar los cultivos ilícitos voluntariamente y darles un incentivo monetario que les ayudara a empezar proyectos productivos que fueran legales y ambientalmente sostenibles. En el caso del resguardo Inga de Condagua, ese incentivo se utilizó para iniciar proyectos artesanales, con los que pudieran obtener ingresos.

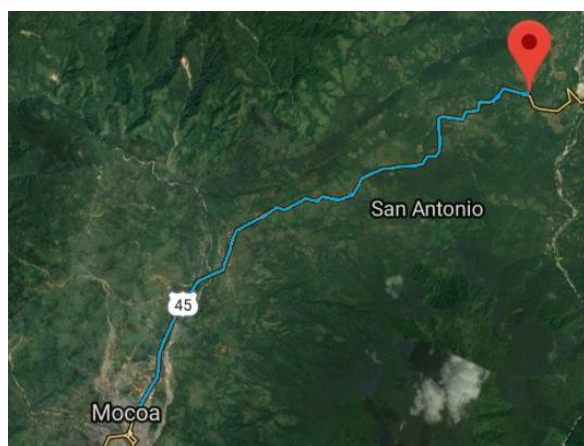


Figura 1. Recorrido desde Mocoa hasta la Asociación Iuiyai Wasi (imagen de Google Maps)

El grupo original–de casi ochenta miembros– cesó su actividad al finalizar el proyecto en 2003, sin embargo, como da cuenta Erazo (2018), en su informe para el proyecto

“Emprendedoras de subsistencia del suroccidente colombiano: análisis de las relaciones entre las construcciones de género y los programas de asistencia social”, años después de que finalizara el PFGB, una de las integrantes *del grupo de esa época*, la señora Sineida (actual gobernadora del resguardo Inga de Condagua), aún continuaba haciendo y vendiendo las artesanías. Sineida le mostró a una persona *cercana* a ella, del resguardo Inga de Condagua, cómo por medio de la venta de artesanías era posible generar un sustento propio, real, lo que desembocó en la *reapertura* del proyecto –con quince miembros– y la convocatoria de nuevas asociadas, en 2005. Esta iniciativa, que inicialmente fue una “unión para participar en ferias”, se fue transformando hasta formar la actual Asociación de Artesanos Iuiai Wasi, quienes se consideran “una comunidad que aprovecha los recursos naturales de manera sostenible, al aportar cuidado y regeneración de la madre tierra” y tiene un gran valor cultural, pues trabaja la artesanía de su cultura y tradición, aquella que desde muchos años atrás les han venido enseñando sus ancestros, de generación en generación (“Asociación de...”, 2017).

Actualmente, la Asociación reúne a veinte miembros: dieciocho mujeres y dos hombres, y tiene como objetivo promover la producción y comercialización de productos artesanales, elaborados a partir de semillas y fibras, característicos de este grupo indígena. En el cumplimiento de su misión, la Asociación brinda un espacio para que las mujeres mantengan sus saberes tradicionales relacionados con el tejido de mochilas, collares y manillas, entre otros, al tiempo que ofrece un medio económico que les permite generar ingresos propios, los cuales, en muchos casos, representan el sustento de sus familias.

Esta investigación se centra en las mujeres artesanas pertenecientes a la Asociación de Artesanos Iuiai Wasi, y tiene como objetivo general explorar los cambios que ha traído la actividad económica y cultural de las mujeres asociadas, en tres niveles: sus relaciones al interior de su familia y con su pareja; sus relaciones con las demás mujeres asociadas; y el significado que tiene para ellas la realización de las artesanías.

En general, las preguntas que orientan esta investigación se centran en cuál ha sido el efecto para las mujeres y para sus roles en la familia, de generar su propio ingreso, y a partir de ahí: revisar si esto les ha generado independencia, prestigio o autonomía en sus hogares; si se han transformado los roles o tareas desempeñados por los hombres y las mujeres en su vida cotidiana; entender cómo han influido esos nuevos ingresos en la economía familiar y en el manejo del dinero; entender las relaciones que se tejen entre las asociadas, sus dinámicas en torno al dinero y los proyectos que realizan con la comunidad; e identificar cómo se perciben las artesanías, si son primordialmente una forma de generar un ingreso o si se consideran una práctica ancestral que ayuda a mantener sus saberes ancestrales.

La revisión del informe realizado por el Ministerio del Interior de Colombia en el 2010. Indica que los Ingas son descendientes de los Incas y aunque son tradicionalmente viajeros, se localizan principalmente en el Putumayo: en el Valle de Sibundoy a 2.200 metros sobre el nivel del mar. Este es el territorio donde tradicionalmente se concentran el pueblo Inga, es un corredor entre los Andes conocido como Alto Putumayo, también se localizan en la zona de la selva Amazónica que es conocida como Bajo Putumayo (es en el Bajo Putumayo donde se concentra mi estudio).

De acuerdo con Pinzón, Suárez y Garay (2004) y el Ministerio del Interior de Colombia (2010), el comercio de productos –entre ellos las artesanías–, es una práctica común entre los Inga. De hecho, los miembros de esta comunidad que viven en ciudades, subsisten de su inserción en la economía informal a través de la venta de productos mágico-religiosos y curativos, tales como talismanes, amuletos y algunas plantas con usos específicos, y de la comercialización de artesanías e instrumentos musicales.

El desempeño de los Inga como comerciantes es una práctica que viene desde la época prehispánica y tienen en el comercio itinerante la actividad principal (Pinzón et al., 2004), Incluso, se encargaban de recoger los códigos de salud y enfermedad de las diversas comunidades que visitaban, para luego crear consultas itinerantes en estas comunidades. En cambio, los Inga que habitaban las zonas rurales, basaban su subsistencia en la agricultura de maíz, frijol, papa, hortalizas y frutales, en la ganadería y en el comercio de leche.

Sus enseñanzas se transmiten de generación en generación oralmente en lengua quechua Inga (Ingano), es considerada su lengua oficial, debido al comercio en otras ciudades de Colombia también hablan español, aunque las personas mayores prefieren hablar solo en lengua Inga. Las enseñanzas transmitidas se asumen como la verdadera fuerza de lucha y supervivencia, como las marchas cocaleras de 1996, donde en julio de ese año miles de campesinos cocaleros del Putumayo salieron “para exigir al gobierno nacional inversión social, la suspensión de las fumigaciones de glifosato y expresar su voluntad para sustituir de manera gradual y voluntaria los cultivos de coca a cambio de garantías efectivas para la producción y comercialización agropecuaria de la región” (Muñoz, 2016). En esta marcha se reflejaba también el olvido hacia las comunidades por parte del Estado, tal como lo expresaban los campesinos “aquí la coca ha sido ministerio de educación, de salud, de agricultura etc. en pocas palabras la mata de coca aquí ha sido el estado” (Muñoz, 2016).

Por otro lado, según Ardila (2019) desde 2007, grupos delincuenciales como los denominados *Macheteros* y *Los Rastrojos* participaban en el procedimiento y comercialización del clorhidrato de cocaína en los municipios del Bajo Putumayo, donde viven parte de la comunidad Inga. Y entre 2000 y 2008 un gran número de familias, pertenecientes a la etnia Inga tuvieron que desplazarse hacia las cabeceras municipales. Con esto evidenciamos las luchas que han tenido las comunidades Inga y con la Asociación vemos como han ido surgiendo proyectos para generarles un beneficio y un apoyo a las comunidades.

Por último, su organización social y política es el cabildo que “es la institución que rige al pueblo Inga, con un gobernador en calidad de jefe máximo” (Mininterior, 2010), en el se busca “encontrar soluciones al problema de tierras y definir posiciones conjuntas frente a organizaciones gubernamentales o no gubernamentales, fortaleciendo la autoridad interna del grupo” (Mininterior, 2010),

El panorama presente en Pinzón et al. (2004), que corresponde a una marcada división entre los Inga y diferencia a quienes ocupan espacios urbanos de aquellos que permanecen en áreas rurales dedicados a actividades económicas distintas, se ha transformado en décadas recientes. La Asociación Iuiwai Wasi es un ejemplo de esto, su sede está localizada en un área rural, pero producen y comercializan artesanías –mochilas, pulseras y collares, entre otras–, y lo hacen, ya

no solo de manera itinerante—algo que mantienen en su versión moderna, la participación en ferias—, sino también como un esfuerzo continuo, mediante *encargos*; además, con la financiación del Programa de Pequeñas Donaciones del GEF y la Iniciativa Global de Apoyo a los TICCA (Territorios y Áreas Conservadas por Pueblos Indígenas y Comunidades), está finalizando la construcción de dos quioscos, ubicados en el resguardo, con el interés de que sean puntos de difusión y venta de sus productos hacia los turistas. Gracias a este cambio, los Ingas consiguen generar un ingreso propio, más constante, más permanente y, en consecuencia, más útil para su economía del día a día, mientras fortalecen su apropiación de sus saberes ancestrales. Cabe mencionar que con esto no se quiere decir que hayan dejado de lado completamente las actividades agrícolas, pues en muchos casos, cuando es posible, se mantienen de manera paralela.

Para Pinzón et al., (2004), la unidad base de la producción, distribución y consumo en los Ingas del Valle de Sibundoy y los Kamsá es la familia extensa que habita una casa. La división principal se establece entre la mujer y el hombre: ella, dedicada a las labores domésticas, el cuidado y la crianza de los niños y la siembra, cuidado y cosecha de la chagra, el pequeño espacio de cultivo anexo a la vivienda; y él, encargado de la construcción de la casa, los trabajos colectivos, la limpieza del rastrojo de la chagra, el cuidado de los canales de drenaje y la construcción de terrazas. El hombre, entonces, se encargaba del trabajo pesado y de traer el sustento, mientras que la mujer centraba su actividad en las labores del hogar.

Este cuadro puede haber cambiado con factores como la creación de la Asociación: en primer lugar, porque le permite a las mujeres generar ingresos y con ello aportar al sustento económico de las familias; y en segundo lugar, porque le da relevancia a las artesanías, transforma la que era considerada una actividad secundaria, complementaria, en muchos casos justificada solo como la manera de proveerse con accesorios y herramientas para uso personal, en una actividad principal, capaz de generar una mejor calidad de vida, al tiempo que permite reconsiderar las divisiones entre esfera productiva y esfera doméstica, los contextos urbanos y rurales como escenarios excluyentes en donde ocurren estas relaciones y el rol de las mujeres en todo esto. De ahí la relevancia de la presente investigación.

La división del trabajo de acuerdo con el género de las personas ha sido fuente de desigualdad, en palabras de Lagarde (2003, p. 76), “Sabemos que gran cantidad de sociedades originarias de América ya tenían desigualdades jerárquicas basadas en el sexo, forma de control y subordinación de las mujeres y monopolio masculino de poderes económicos, religiosos y políticos”. La autora indica además que las descripciones de los trabajos etnográficos de los años ochenta y noventa también muestran una marcada división de género, donde se asocia a las mujeres con los espacios privados y a los hombres con los espacios públicos y con la responsabilidad del sustento económico del hogar. Esta lectura también pervive en las descripciones que se hacen de las sociedades indígenas, como la Inga, las etnografías de autores como Guevara (1996), Pinzón et al., (2004) y Bessolo (2012).

Es posible que estas condiciones se hayan transformado para la población Inga, al haber instituciones como la Asociación en donde se han reconfigurado estos roles y generado cambios en la vida familiar. Desde este punto de vista, lo descrito por Nelson (1990, citado por

Zelizer, 2009, p. 240), para el caso de mujeres que cuidan niños *por día* en Vermont, resuena con el caso de Iuiái Wasi, en el sentido de darnos pistas sobre lo que ocurre al generarse un ingreso continuo por parte de las mujeres:

(...) por lo general, aumentaba la incidencia de la opinión de la mujer en los asuntos domésticos. Sin embargo, ese dinero no entraba con tanta facilidad en las arcas del hogar. El ingreso de las mujeres era objeto de una continua negociación acerca de a quién le pertenecía ese dinero, cómo debía gastarse y cómo definían las relaciones entre los miembros del hogar.

En el caso anterior: por una parte, las mujeres debían contar con la aprobación de sus esposos para desempeñar estas actividades productivas; por otra, el dinero ganado por ellas, en el mejor de los casos era visto como una ganancia extra –como algo que no era vital para el hogar, sino que debía ser invertido en cosas adicionales, como diversión–, y en el peor de los casos, era reclamado como propio por ellos, quienes tenían la facultad de gastarlo como quisieran.

Otras investigaciones sobre esa temática del dinero, se han interesado primordialmente en entender cómo las ganancias relativas de una pareja modifican la estructura del poder doméstico. En particular, el efecto del acrecentamiento de las ganancias de la mujer, y han descubierto que el incremento del ingreso de la mujer casada, por lo general, aumenta su autonomía financiera y con ello su influencia doméstica (Zelizer, 2011).

Por otro lado tenemos lo denominado artesanal que es la unión entre oficio, técnica y nivel de experticia. Por medio del oficio vinculado con lo tradicional, el artesano no solo representa un conocimiento técnico en el que se ve reflejada su dedicación y destreza, sino que se convierte en una huella del patrimonio y de su cultura, ese oficio les permite expresar su identidad y su concepción del mundo. Por ello, al pasar de la historia, sin importar el lugar de origen, se escucha sobre oficios universales, como la ebanistería, la cestería, la tejeduría, la metalistería, la joyería, la orfebrería y la alfarería, entre otros, y de técnicas que los conforman, como la talla, el ensamble, el rollo, el calado, la soldadura y el laminado, entre otros (Giraldo, 2017).

Giraldo (2017, p. 22), al referirse a la clasificación de la artesanía identifica tres tipos, entre ellos el indígena, al cual corresponde la que se produce en la Asociación, y dice que:

(...) es una manifestación con un alto contenido de valores simbólicos ...una clara representación de sus culturas, con la que se satisfacen necesidades ligadas a la cosmovisión de la comunidad ... puede tener un carácter utilitario, ritual o estético ligado directamente al medio ambiente y al estilo de vida del pueblo.

Menciona además que en su desarrollo productivo:

(...) es clave la materia prima que se encuentra en el entorno, pues es desde allí de donde históricamente se hace la exploración de las comunidades, al ser una expresión de un grupo específico que se transmite de generación en generación y su dominio técnico es a nivel grupal”.

Mientras para Sekik (2016, p. 286):

(...) el trabajo artesanal está vinculado a la historia del país, a su memoria y economía, a los estilos de vida de sus gentes, y también a su modo de interpretar el entorno; propone otra manera de descubrir y conocer las tradiciones, los usos y costumbres, y los ámbitos y espacios ligados a sus habitantes.

Esta afirmación valida una de las aproximaciones de la presente investigación, aquella relacionada con el significado que tienen para las asociadas hacer artesanía, más allá del efecto económico que su comercialización supone. Tal como ocurre en la Asociación, donde una de sus metas -adicional a la consecución de un incentivo o ingreso económico-, es mantener su cultura y tradición. En ese sentido, el caso de estudio es similar a otros casos en el mundo en donde las mujeres desempeñan un rol fundamental en la salvaguarda de las tradiciones materiales e inmateriales y en su transformación en bienes económicos. Por ejemplo, en su investigación en Túnez, Sekik (2016, p.286), encuentra que:

(...) las mujeres han desempeñado desde siempre un papel fundamental, a la vez, en la salvaguarda de las tradiciones, en la transmisión de la memoria y los rituales que rigen la vida y en la conservación de conocimientos y habilidades, elementos indispensables para la cohesión familiar y social.

Para finalizar, todo lo anterior se puede relacionar con el concepto de “vidas conectadas” (Zelizer, 2009, p. 55), quien indica que:

(...) las personas crean vidas conectadas gracias a la diferenciación de sus múltiples lazos sociales, y establecen límites entre los distintos lazos a través de sus prácticas cotidianas, sustentándolos por medio de actividades conjuntas, que incluyen actividades económicas, pero negociando de una manera constante el contenido exacto de los lazos sociales importantes.

este concepto, permite entender mejor las relaciones que se pueden generar dentro de una Asociación, entre sus integrantes, sus familias y su comunidad, desde la economía -ingresos propios- y los saberes ancestrales -artesanías- y las esferas productivas, sociales y familiares que se articulan.

El resto del artículo se divide así: una primera sección que presenta el diseño metodológico, incluyendo pequeños cambios incluidos en la implementación; una segunda sección, partida en tres, donde se presentan y se discuten los hallazgos relacionados con cada uno de los objetivos específicos: el impacto de Iuiái Wasi en las relaciones familiares, las relaciones entre asociadas y el significado de las artesanías; y una sección final, de cierre, con las conclusiones globales

Método

El proyecto de investigación se desarrolló, por medio de trabajo de campo, durante los meses de julio y diciembre de 2018, en Condagua, vereda del municipio de Mocoa en el departamento del Putumayo, al sur de Colombia, en la Asociación de Artesanos Iuiái Wasi, específicamente con las mujeres del grupo. Ellas, si bien pertenecen al mismo grupo étnico-

son Ingas-, conforman un grupo diverso: sus edades oscilan entre diecinueve y noventa años; diez conviven con su pareja e hijos, cuatro son madres sin pareja y las otras tres, solteras, sin hijos. De ellas, solo Rosalba, la mayor, usa el traje tradicional Inga: *pacha* (la falda), *tupulli* (la blusa) y *chumbe* (la faja), mientras las demás usan ropa y maquillaje *occidental*, excepto en sus reuniones y actividades especiales, donde todas se visten y maquillan de acuerdo con sus tradiciones, y usan varios collares de chaquiras, un emblema de su cultura.

La investigación es de carácter descriptivo y utiliza un enfoque cualitativo, principalmente etnográfico, combinando las técnicas de observación participante y entrevista semiestructurada, para la construcción de historias de vida que permitan entender los cambios que se han presentado, como efecto de la actividad económica y cultural, y para responder a las preguntas ya señaladas.

Con la observación participante se trató de identificar las dinámicas en la Asociación por medio del acompañamiento en los procesos de producción de las artesanías y mediante conversaciones grupales e individuales con las integrantes, en las que se indagó acerca de los significados y prácticas involucradas en la fabricación de las artesanías. Además se exploraron aspectos relacionados con las transformaciones que ha traído para ellas ser parte de la Asociación y sobre las relaciones entre sus integrantes. La observación participante se aplicó también a otro nivel, en el contexto doméstico de tres asociadas, mediante la convivencia con ellas, y fue útil para entender aspectos particulares relacionados con su vida, sus relaciones familiares y el cambio que se ha producido en estos dos aspectos como consecuencia de las implicaciones de ser asociada, es decir, de tener que salir de casa, dedicar tiempo a cosas fuera del hogar, ganar dinero, etc.

Con la entrevista semiestructurada se trató de identificar aspectos particulares, tanto personales, como generales, de las asociadas, que complementaran los insumos adquiridos con la observación participante. Para ello se formularon preguntas que abarcaron aspectos diversos: su conocimiento acerca de la creación de la Asociación; los cambios en su vida al convertirse en asociadas; su actividad durante las reuniones; su percepción sobre si existe o no trato diferenciado dependiendo del género; la percepción de sus familiares y vecinos respecto de la Asociación; los aspectos económicos, en especial aquellos relacionados con la distribución, pertenencia y uso de los ingresos generados por su trabajo.

El método utilizado por Hoskins (1998), donde a partir de una reconstrucción de la biografía de los objetos se obtiene una explicación indirecta de una experiencia de vida, se aplicó, en este caso, a las artesanías. Hablando de artesanías, se formularon preguntas que abarcaban desde la raíz misma de su actividad artesanal: ¿De qué forma consiguen el material que necesitan? ¿Lo compran o lo cultivan –y en dónde-? ¿Quién se encarga de su cosecha o recolección? ¿Se procesa? Y, si es así ¿Quién lo hace? Luego, se ahondó en la actividad con preguntas relacionadas con la confección de artesanías: ¿Qué ocurre mientras las tejen? ¿Qué técnicas se utilizan para hacerla? ¿Cómo se escoge el diseño? Más tarde con el aprendizaje de la técnica y la relación con su cultura ancestral: ¿Cómo adquirieron ese conocimiento? ¿Quién fue su maestra? ¿Qué importancia tiene para ellas este saber desde la perspectiva económica? ¿Y desde el arraigo con los saberes de su comunidad? Hecho esto, la idea fue conocer aspectos

relacionados con el producto final: ¿Qué se hace con las artesanías? ¿Se usan primordialmente para la venta o para el consumo? ¿Ha cambiado de alguna forma la dinámica o los diseños como efecto del mercado? ¿Cómo se calculan los costos y cómo se fijan los precios? De esta manera se reunió información sobre los significados de las artesanías, los vínculos que se generan entre las artesanas, sus relaciones con el mercado (costos, precios, negociación, etc.), incluso, cuestiones familiares. La conexión de todos estos factores refleja el concepto de vidas conectadas (Zelizer, 2009).

Inicialmente se desarrolló un estudio exploratorio, con el objetivo de conocer el lugar y tener una primera aproximación con las personas, la Asociación y las artesanías. Sin duda, el establecer genuinos lazos de confianza con ellas, potencializó el valor de esta exploración, pues permitió una comunicación franca, abierta, con personas que son reservadas frente a los foráneos.

Con ello se selecciono a las asociadas con las que se realizó esta investigación. Si bien se tuvo en cuenta la facilidad o dificultad de establecer relaciones con cada una, primó la diversidad como criterio de selección, es decir, se buscó que ellas fueran una muestra cercana a la mezcla de edades, tipo de hogar y apego a las tradiciones propia de Iuiai Wasi. Es así como el grupo estuvo conformado por: Lucia, de 46 años, mestiza, nacida fuera del resguardo, casada, con hijos, para quien las tradiciones no son suyas por herencia, sino como algo que ha aprendido desde cuando llegó, siendo aún niña, a la comunidad; Amanda, de 60 años, viuda, con hijos mayores, quien aunque nació en el resguardo, vivió unos meses fuera de él y, en consecuencia, ha estado inmersa en otra cultura; y Rosalba, de 90 años, la mayor, casada, quien siempre ha vivido en el resguardo y guarda con celo sus tradiciones, algo que se refleja, tanto en su forma de vestir siempre a la manera tradicional y en su preferencia por la lengua Inga para comunicarse con las demás.

El genuino interés en aprender a hacer sus artesanías y la disposición a compartir el conocimiento propio sin esperar algo a cambio fueron útiles para generar una relación de confianza que permitió la cercanía con los conocimientos no verbalizados. Se produjo algo parecido a la estrategia utilizada por Wacquant (2006), cuando en su proceso de investigación se sumergió en un gimnasio del gueto negro en Chicago y convivió con boxeadores, generando así lazos de confianza que le permitieron aprender de ellos. Esta “estrategia” de generación de conocimiento no está exenta de riesgo, pues se puede llegar a percibir como un intento de apropiación -robo- del conocimiento ancestral; sin embargo, salió bien y fue un elemento fundamental de la metodología, probablemente porque tejer juntas es el eje de sus relaciones cotidianas, al hacerlo, no solo entrelazan hilos para formar, en ese caso una mochila, sino que tejen palabras y a partir de ellas construyen relaciones. Hablar de una cosa y otra, mientras se teje, crea vínculos de confianza y camaradería, esenciales para una comunicación genuina.

Como herramientas tangibles de apoyo se utilizaron: un diario de campo, donde se llevó el registro de lo que se hizo cada día, de los hallazgos, los descubrimientos y redescubrimientos de aquellas cosas que quizás no se habían tenido en cuenta en un principio; un dispositivo móvil que tuvo múltiples usos: grabadora, cámara fotográfica, videograbadora, en fin, un elemento esencial en la toma de datos complementarios a la observación.

En todos los casos, se contó con el consentimiento informado de las participantes, no solo al reunir sus testimonios, sino también al tomar un registro en imágenes. Sin embargo, para efectos de cuidar la intimidad, en todos los casos los nombres reales de las personas han sido cambiados.

Hallazgos / Discusiones

Impactos de Iuiai Wasi en las relaciones familiares

Según Lagarde (2003), en las comunidades indígenas se ha mostrado una marcada división de género, de acuerdo con y Pinzón et al., (2004), está presente también entre los Ingas. Como se dijo en la introducción, según esta división, el rol de las mujeres está asociado con los espacios privados, mientras que el de los hombres se da en lo público, donde asumen liderazgos políticos y son los principales responsables de la generación de ingresos para el hogar. Sin embargo, en las casas de Lucia, Rosalba y Amanda, las tres mujeres que participaron a fondo en esta investigación, las esferas privada y pública están intrínsecamente conectadas. En la casa de Lucia, por ejemplo, aunque todos realizan artesanías, principalmente mochilas, ella es la cara visible ante la Asociación; ella es quien asiste a las capacitaciones y a las reuniones; a ella le encargan los pedidos, ella es quien los entrega y recibe el dinero. En la casa de Rosalba, en cambio, sólo ella hace artesanías, por lo tanto ella es la encargada de todas las tareas relacionadas con esta actividad y la responsable ante la Asociación. Finalmente donde Amanda, casi todos los miembros de su hogar elaboran mochilas y están vinculados con la Asociación, por lo tanto, participan en las capacitaciones y en los trabajos relacionados con Iuiai Wasi.

Dinámicas del hogar

La primera vez que vi a Lucia fue el día que pasé fugazmente a unos diez o quince metros de su casa, cuando iba camino a mi entrevista con la líder de la Asociación. Pese a que todo fue rápido, pude fijarme en ella y en su casa. Vi que era una mujer de pelo negro y de complexión gruesa; estaba sentada en el piso con la espalda contra el borde de la puerta, con los brazos descansando sobre el regazo, su expresión no tenía ninguna emoción visible, su mirada parecía perdida en algún pensamiento. En ese momento, me pareció una persona seria y quizás malgeniada, pensé que estaría cansada y tomando una pausa del trabajo de su hogar, como toda ama de casa encargada del cuidado de todo y de todos los que en él viven. En ese momento no sabía que también pertenecía a la Asociación. Para llegar a su casa hay que subir a pie por un largo y empinado camino que va desde la carretera hacia la montaña. Lo que más recuerdo es la pared color azul cielo del frente de su casa, una estructura que, a diferencia de las demás casas, por lo general hechas en madera, es de cemento y está repellada y pintada. Su familia lo ha querido así, poco a poco han ido remplazando la madera de la estructura vieja por el cemento pues les parece más cómoda y estable, y no se pudre.

En la casa de Lucia, si bien parte de las dinámicas descritas en la literatura se mantienen, algo ha cambiado. Ella vive primordialmente en la esfera íntima y es, en consecuencia, la

principal encargada de las tareas del hogar (cocinar, alimentar a los animales, cuidar de los hijos, etc.), mientras que su esposo primordialmente interactúa con la esfera de lo público y, en consecuencia, sale a trabajar en la agricultura en sus terrenos, donde cultiva papa, yuca y *chiro* (una variedad de plátano esencial en su dieta), y a realizar trámites en Mocoa. Lo importante es que estos ámbitos ya no son exclusivos, por una parte, en la realización de las tareas del hogar participan su esposo e hijos, es decir, tienen un rol en esa esfera; y por otra, ella no está confinada en la esfera íntima, tiene vida fuera de su casa y el ingreso que genera tiene peso en la economía familiar. Este hecho permite pensar en una transformación de las prácticas relativas a la organización y división del trabajo en su hogar, a la luz de las relaciones que le ha traído el ser parte de una Asociación.

En el tiempo que conviví con Lucia y su familia pude darme cuenta de sus múltiples ocupaciones, puesto que, a los trabajos propios del hogar, se suman sus salidas a las capacitaciones y demás eventos, como mingas y reuniones de la Asociación. Pude notar también cómo combina sus actividades del hogar, con la elaboración de mochilas. Las artesanías representan una importante actividad económica y social en su hogar, el ingreso generado por su venta, si bien ayuda con su economía, le genera nuevas responsabilidades dentro y fuera del hogar.

Algunas decisiones familiares son concertadas entre todos, por ejemplo, mi llegada a su casa. En algunas de nuestras conversaciones, entre risas, Lucia me contó cómo sus hijos habían aprendido a *defenderse* en la cocina, ella les había tenido que enseñar porque si ella salía a una capacitación u otra actividad de la Asociación y regresaba tarde, ellos tenían que encargarse de hacer la comida para todos. Además de cocinar, sus hijos y esposo habían aprendido a lavar la ropa y limpiar la casa, la producción de mochilas u otras artesanías, eran compartidas, pues todos tejían, reunidos en la sala, tejen cuando no tienen que salir o cuando tienen encargos por entregar.

En la casa de Lucia se articulan las esferas pública y privada, al estar entre la Asociación, los eventos y capacitaciones que la *obligan* a salir, y el quedarse en su casa, cocinando, cuidando de los demás y tejiendo. En este escenario, es posible observar en ella un balance entre dichas esferas, con el concepto de vidas conectadas (Zelizer, 2009). Se puede llegar a entender las relaciones que se generan en la casa de Lucia al ella compartir esta actividad con su familia sin abandonar las actividades del hogar, y generando un *nuevo* ingreso económico; y cómo logra que la vida y sus relaciones personales y laborales funcionen a partir de estas, además de los lazos que se dan dentro de la Asociación entre las integrantes, la comunidad y los saberes ancestrales en los que ella se encuentra involucrada, y de los que se hablará más adelante.

Hablé con Rosalba por primera vez cuando se reunieron en el quiosco a recibir una capacitación sobre la visión, misión, objetivos y razón de ser de la Asociación. Ella es callada, más aún con los extraños, primordialmente porque no habla muy fluido el español, cuando habla Inga, es otra cosa. Tiene el pelo negro y largo, siempre está vestida con su traje tradicional Inga: un vestido negro con una faja que rodea su cintura, con muchos collares de chaquiras de colores adornando su cuello y un poco de colorete en los pómulos de la cara, siempre descalza, como ha estado a lo largo de su vida. Vive al

lado derecho de Lucia, con su esposo, su casa es completamente de madera y está construida sobre palafitos, algo muy usual en la zona para *evitar que se suban los animales*. Allí ha vivido casi toda su vida, ahí ha criado a sus hijos. Antes trabajaba la tierra, sembrando y cosechando, hoy una enfermedad la limita y la obliga a quedarse sentada la mayor parte del tiempo, no puede cocinar ni estar mucho tiempo de pie porque se siente ahogada y se le dificulta respirar. Para ella, poder ganar dinero haciendo artesanías es, en sus palabras, *la forma de no quedarse de brazos cruzados*.

Rosalba, a diferencia de Lucia, por sus problemas de salud no puede dedicarse a las labores del hogar ni trabajar la tierra, de eso se encargan sus hijas e hijos, ellos cocinan, limpian la casa, lavan la ropa, etc. Su esposo, quien es mayor que ella, sale todas las mañanas –si no ha llovido– a revisar el cultivo; cuando regresa le hace compañía, leyendo un libro mientras ella teje alguna mochila o una faja. Para Rosalba ser parte de la Asociación es una forma de mantener y preservar sus costumbres, sus saberes ancestrales y las enseñanzas de sus mayores. La artesanía es algo que, al menos por el momento, puede seguir haciendo, es con lo que se puede mantener ocupada y generar dinero para los gastos de la casa.

Así como dice Tavera de Téllez (1994) “la mujer siempre tiene un oficio entre las manos, saber tejer es la herencia que dejan las madres a sus hijas” (p.12), para Rosalba tejer es una herencia de su familia, de su abuela, es algo que le enseñaron a hacer desde pequeña, algo que utilizaba para subsistir, con el mismo tejido de las mochilas podían crear una red para pescar, podrían cargar los alimentos recolectados en el campo y pueden mantener sus ropas ancestrales. Ella vive con las enseñanzas de sus ancestros y continúa haciendo ese oficio que le enseñaron, que heredó y que le genera actualmente un ingreso.

Conocí a Amanda en su casa, cuando fui a entrevistarla. Es una de las hijas de Rosalba. Vive a unos metros de la carretera, en la vía a Yunguillo, justo al lado de la entrada que se debe tomar para subir a donde Lucia y Rosalba. Vive con sus dos hijos, su esposo murió hace unos años y no se volvió a casar *ni a vivir con otro*. Su casa es de madera y está sobre palafitos. Cuando la conocí, estaba sentada en la entrada de su casa, *volteando la pita para empezar a torcerla* y así obtenerla fibra con la cual se tejen las mochilas. Es una mujer de pelo canoso; cuando hay eventos de la comunidad, viste el traje tradicional Inga, en otras ocasiones se pone vestidos de un solo tono (azul menta y morado opaco), ceñidos en la cintura, con mangas hasta la mitad del brazo. Aunque a primera vista puede parecer un poco triste o muy seria, es una persona muy alegre y comunicativa.

El caso de Amanda es diferente a los dos anteriores, Amanda no tiene esposo, ella es la cabeza de su familia. Cuando su esposo vivía, al inicio no le gustaba que hiciera artesanías porque lo consideraba una pérdida de tiempo, sobre eso, cuenta Amanda, tuvieron muchas discusiones. Él se quejaba, decía que con eso iba a descuidar las obligaciones de hogar, que ella tenía que estar en la casa todo el tiempo, que no debía salir a capacitarse; pero ella no le hizo caso y siguió saliendo, a veces con miedo a capacitarse, por las repercusiones que podría tener con su marido, pero con la conciencia de necesitarlo para poder seguir haciendo artesanías. Con el tiempo, cuando empezó a llegar el dinero, su esposo reconoció su error y empezó a

apoyarla, incluso quiso aprender cómo hacer las mochilas. Para Amanda, pertenecer a la Asociación es una oportunidad de salir adelante.

La vida para Amanda tiene grandes retos, la mayor de los dos hijos que viven con ella, está enferma de los riñones y debe recibir diálisis tres veces a la semana en Pitalito (Huila) –a tres horas de su casa–. Y Amanda siempre la acompaña. Su hijo, ya mayor de edad, estudia en Mocoa, la capital del departamento, a media hora de viaje. Solo ella y su hijo hacen artesanías, su hija, por su salud, no puede hacerlas. Debido a las circunstancias familiares, todos se apoyan en las labores del hogar.

En la casa de Amanda actualmente se articulan las esferas pública y privada, como en la casa de Lucia. Sin embargo, al inicio cuando ella empezó a capacitarse y que el esposo estaba en contra de eso, se podía imaginar un choque entre esas esferas, muy en la línea de lo descrito por Zelizer (2009, p.45) en la teoría de “mundos hostiles, esferas separadas”, donde plantea que las transacciones económicas y las relaciones sociales íntimas, deben manejarse en áreas distintas y apartadas. De lo expresado por Amanda respecto a ese tema se puede entender cómo su esposo consideraba que el lugar de ella era el hogar (la vida íntima), al cuidado de la casa, de los hijos, y que él era el único que tenía el *derecho* de salir y traer un ingreso.

Representaciones sobre el dinero derivado de la venta de artesanías

Según Giraldo (2017, p. 6) “hacer un producto artesanal tiene un sentido distinto, pues lo que antes era una actividad cotidiana, hoy está directamente ligada a la generación de los ingresos que le ofrece a la comunidad la posibilidad de comercializar sus productos”. Para el caso de Lucia, Rosalba y Amanda, que por motivos de salud o por su edad, ya no pueden trabajar la tierra o realizar labores que exijan un gran esfuerzo físico, elaborar y vender las artesanías les provee el ingreso necesario. Sin embargo, hay diferencias en sus percepciones sobre la necesidad de generar ingresos y qué hacer con este dinero.

Uno necesita de la plata, y con este uno ya... [puede comprar] la remesa, cuando [es] necesarios los medicamentos, esto le ayuda bastante...para comprar cositas, menciona Lucia, a la vez que indica que, para ella, es la forma en la que puede contribuir con la familia.

Si no trabajamos esto, quedamos con brazos cruzados, repite Rosalba constantemente, para hacer notar que hacer artesanías es una forma de mantenerse ocupada y de contribuir haciendo algo productivo, mientras sus hijos e hijas cuidan de ella y de su esposo, pues por sus limitaciones de salud *no hay mucho más que puedan hacer*. Pero no es solo eso, elaborar artesanías, indica, es también una forma de mantener sus costumbres, de conservar con vida el conocimiento ancestral, de promover lo que aprendió de sus abuelos. Rosalba no estudió, sus padres siempre le dijeron: *si sabes cultivar y criar animales, no necesitas nada más en el mundo*. Sin embargo, sus abuelas le enseñaron a tejer, tal como hicieron con ellas sus ancestros.

Amanda, por su parte dice que los ingresos de las artesanías sirven para comprar cositas para la casa. *Si yo me muero, agrega, mis hijos quedarán trabajando... es que este trabajito pues no es digamos, como ahorita que está lloviendo si uno se fue a trabajar [la chagra] con machete ya mojadita, ya mojadita se estaría.* Amanda es una mujer a la que siempre le ha gustado producir, no quedarse

únicamente en las labores del hogar. Para ella las artesanías son una forma de mantener a su familia y por ello disfruta hacerlas. Además, le permiten estar en casa, resguardada del mal tiempo y hacer un trabajo menos pesado que el de la chagra. Hacer artesanías y trabajar en lo que pueden en la tierra para subsistir es una labor de todos. Para ella, las artesanías hacen parte de su ingreso monetario principal, es algo que está dispuesta a hacer hasta que muera. Como es la cabeza del hogar, acarrea grandes responsabilidades, que ha sabido manejar.

Como es evidente, en la perspectiva de cada una del ingreso, las palabras de Giraldo (2107) no están tan alejadas del contexto social que viven muchas comunidades hoy en día. Las ganancias y los beneficios que genera la artesanía son importantes, sin embargo, eso no le resta peso a la perspectiva de mantener sus costumbres y fortalecer los conocimientos enseñados por los mayores, más aún en el caso de Rosalba, la representante de los mayores.

Manejo, utilidad y propiedad del dinero derivado de las artesanías

Lucia, como se he mencionado, vive con su esposo y sus dos hijos y todos en la familia hacen artesanías. Cuando no tienen que salir o cuando les hacen un encargo, se reúnen y trabajan en un mismo espacio, la sala. Allí conversan, bromean y trabajan. Sin embargo, Lucia es la única asociada, la cara “visible” ante la Asociación, quien va a las capacitaciones, entrega los pedidos y recibe el dinero.

Un día, cuando el resto de la familia había tenido que salir le pregunté por qué ella es la única asociada. Mientras seguía haciendo unos collares que tenía por encargo, me explicó: *Como [a] eso toca [dar] un porcentaje, toca que estar[lo] dando cada mes. Y pues de inicio toca pagar trescientos y por familia le cobran veinte mil y tiene que seguir pagando 5% mensual [de la venta con la Asociación].*

Cuando le pregunté sobre el uso del dinero que ganan, si cada uno lo utiliza como quiera o si manejan un fondo común, me explicó que, si los hijos han comprado sus propios materiales, el dinero es solo de ellos; pero si ella los ha comprado, ellos deben reponerle la plata invertida, la misma que luego se utiliza para comprar remesa, materiales y medicamentos, de ser necesario. *La plata es del que se la hizo, el que le rinde más, gana más, me dice.*

En su familia dividen qué compra cada uno para la casa, por ejemplo, un mes Lucia compra un bulto de maíz para los pollos, el hijo mayor compra una arroba de arroz, el hijo menor compra las harinas y el esposo compra la carne o el pescado. Lo anterior evidencia esa división de la responsabilidad económica de acuerdo con las posibilidades de cada uno, que se hace al comprar las cosas que se necesitan en el hogar. La idea es que la distribución de gastos sea equitativa, que la responsabilidad sea compartida por todos: cuando alguno de ellos no tiene para aportar, los demás lo suplen, hasta que pueda hacerlo; no dejan que uno solo compre la remesa, todos aportan; a inicios de año hacen un fondo común para comprar *lo que se necesite*, una especie de fondo de ahorro para imprevistos. Antes de ser parte de la Asociación, Lucia solo apoyaba a su esposo en el cuidado de los terrenos y de los animales, además de realizar las tareas del hogar.

Lo que ella gana en las temporadas de las ferias que se realizan en las distintas ciudades del país a las que la Asociación es invitada a participar o cuando les hacen encargos, *no es harto, pero tampoco tan poquito, con eso compro lo que se necesito... y una va ahorrando para cuando no es temporada. Aunque hay que gastar para comprar la remesa, si se gasta [todo] después de dónde [se] saca.*

El caso de Rosalba es un poco más sencillo, pues ella es la única en su casa que hace artesanías en su casa. El dinero que gana se utiliza para comprar comida, medicinas y *alguna otra cosa* para ella y su esposo. La situación, antes de la Asociación era diferente, a ella como se ha dicho, le enseñaron que por medio del cultivo agrícola y de la cría de animales (las tareas lideradas por su esposo) se podía subsistir y que ella debía encargarse de las labores del hogar.

Ellos, actualmente al vivir tan cerca de sus hijos, tienen como beneficio que siempre están pendientes y le llevan cosas. Si sus hijos o yernos cazan algún animal, les llevan un poco; si sus nietos compran algo de fruta, también les llevan; sus hijas están pendientes de irles a cocinar y de que cumplan con las recomendaciones del médico sobre qué comer y qué no; hacen también sus mandados, *yo doy dinero a mis hijos y ellos compran lo que necesito allá en el pueblo, ellos [nos] ayudan mucho*, explica Rosalba.

En la casa de Amanda, como se indicó, ella y su hijo hacen artesanías, su hija no, pues su salud lo impide. La hija de Amanda, sin embargo, continúa siendo asociada, pero por decisión de las asociadas, a ninguna de las dos se les hace el cobro mensual, y se les excusa de la asistencia a algunas capacitaciones –su hijo asiste en representación de su familia–, y otras obligaciones. *Mi hijo es rápido para hacer, él si es ligero para tejer y por suerte esta vez le fue muy bien*, dice Amanda haciendo referencia a la feria que acababa de pasar, donde las artesanías que había realizado su hijo se vendieron bien. En su casa, la división del dinero que ganan se hace tal como en la casa de Lucia, dependiendo de quién hizo la artesanía, sin embargo, ella considera que, al ser su hijo ya mayor de edad, puede aportar más a la casa y puede pagar una especie de renta.

Según Zelizer (2013, p. 62) “una vez que el dinero entra en la familia, se supone que de alguna manera se distribuye de un modo equitativo entre sus miembros, y que sirve para potenciar al máximo el bienestar colectivo”. Como vimos, la idea de las asociadas es obtener un bienestar para todos –y entre todos– los integrantes de la familia, así el dinero se distribuya de acuerdo con el trabajo realizado por cada uno.

Relaciones entre asociadas

El jeep se orilló en la carretera, el aire era frío, es el mes de julio. Al lado derecho se podía ver unas casas de madera que luego supe que eran principalmente viviendas de los asociados de Iuiái Wasi. Dos de ellas llamaron mi atención: una, por el volumen de la música, sonaban rancheras, música de carrilera y reggaetón *a todo pulmón*, el ruido llegaba hasta los quioscos de capacitación; la otra, tenía dos pisos, uno dedicado a la vivienda (el de arriba), otro a la tienda, y estaba habitada por personas ajenas a la Asociación.

Al lado izquierdo había un terreno grande, verde e irregular, con una casa azul al fondo, la casa de una asociada. Ahí estaban ubicados los quioscos de la Asociación, son cuatro: uno de ellos, el más pequeño, servía como cocina; el otro, el más cercano a la carretera –construido hace años para reuniones y capacitación–, durante mi estancia era usado como depósito de los materiales con los que se estaban construyendo los otros dos quioscos, en él guardaban ladrillos, troncos de chonta y bultos de cemento.

De los dos nuevos quioscos (Figura 2), uno era de techo de hojas de palma, el otro, techo con láminas de zinc; el primero de forma octogonal, el otro tenía diez lados; detrás de ellos se podía ver árboles, guaduas y matorrales. Su construcción estaba a cargo de los asociados, cuando hacían *mingas* se les podía ver lijando las chontas, pegando ladrillos, preparando cemento y construyendo lo que les hacía falta.



Figura 2. Quioscos en construcción

Distribución y apropiación del espacio

El quisco de techo de hojas de palma en construcción es el lugar que luego se dedicará a la venta de artesanías. Ahí, durante mi estancia en campo, en julio de 2018, se hacían las capacitaciones. Como se dijo es octogonal, tiene un cuadrado en el centro a un nivel un poco más alto que el resto del suelo, con un borde en ladrillo estructural y piso de color verde. En la Figura 3 podemos ver a las asociadas en una capacitación realizada el 06 de julio de 2019, donde se puede apreciar el interior del quisco y adicionalmente, se alcanzan a ver, en una de las esquinas, protegidos de la lluvia, unos palos de *chonta*—un árbol nativo de la zona—, los cuales son utilizados para la construcción de los quiscos.



Figura 3. Capacitación Asociación Iuiai Wasi

Al llegar, los integrantes saludan *Puangi*, y reciben como respuesta *Allilla*, ambas palabras, como saludo. Cada asociada toma su lugar dentro del quiosco, saca sus materiales y empieza a tejer. En el proceso: hablan entre ellas, se cuentan cosas, se muestran las mochilas que están tejiendo; hablan sobre los colores que están usando, sobre el material y el *grande del ojo* del tejido; se cuentan chistes y hablan del territorio. Unas hablan, otras solo escuchan. y en medio de todo designan tareas: *¿Quién cocina hoy?*, por ejemplo. Entre ellas, hablan primordialmente en Inga, pero durante las capacitaciones y en su interacción con las personas de fuera, hablan en español

Al observar el espacio en que se sientan las asociadas durante las reuniones es evidente que, aun cuando no tienen lugares exactos, casi todas lo hacen en un sector en particular, cerca de su familia más allegada. Cabe mencionar que en esta Asociación el concepto de familia tiene una connotación especial, pues como tal, todos son miembros de la misma, como se puede apreciar en la Figura 4, que corresponde a la genealogía de los integrantes de Iuiai Wasi. Los lazos familiares entre ellos son evidentes, sea de forma directa o en segundo o tercer grado de consanguinidad.

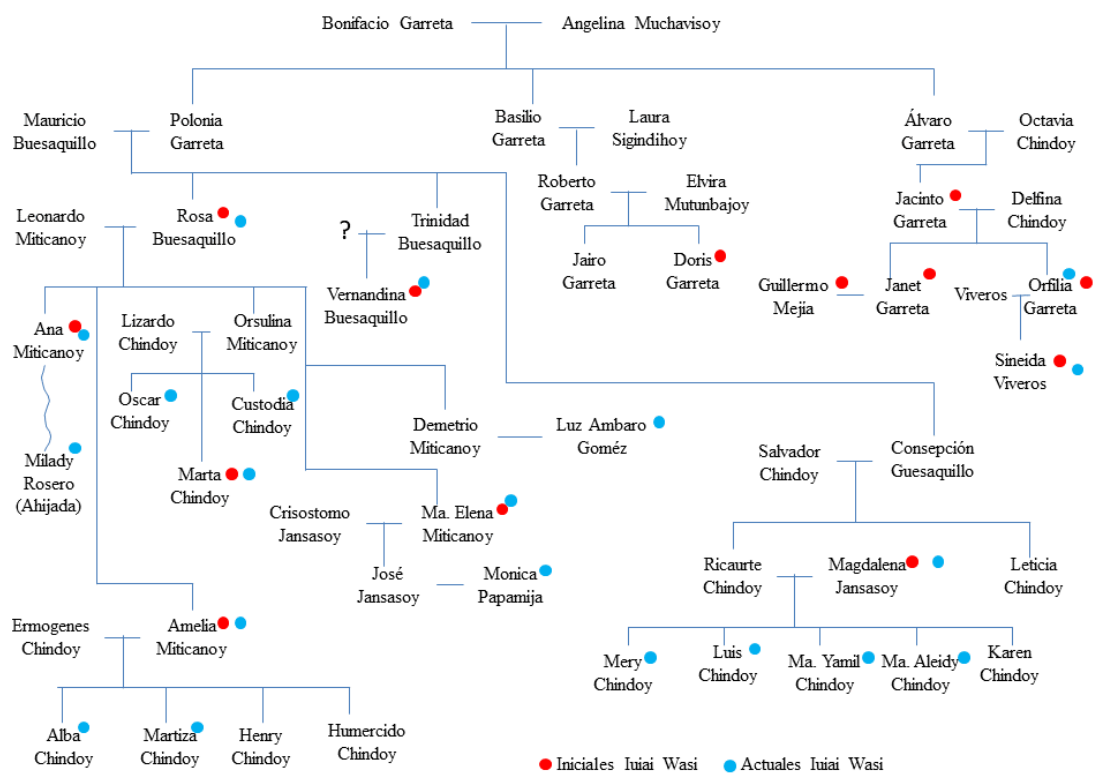


Figura 4. Genealogía de los asociados de Iuiai Wasi

La observación sobre la ubicación al sentarse también permite apreciar una probable división en dos grupos, uno alrededor de la presidente actual, otro alrededor de su antecesora. Si bien no se profundizó en la certeza y razones de esta observación, por no ser relevante para esta investigación, una breve indagación al respecto indica que no hay algo malo en ello, que no existe algún nivel de polarización, sino que simplemente es la evidencia de que el grupo cuenta con dos líderes fuertes, inteligentes, capaces, pero con formas distintas de percibir y resolver los problemas. Algunas personas, en este caso las asociadas más antiguas (con dos botones, uno azul, otro rojo, en la Figura 4), se inclinan por la perspectiva de la presidente anterior; las demás, las asociadas más nuevas (con solo un botón azul en la Figura 4), por el abordaje de la presidente actual.

Esta observación destaca varios aspectos de la dinámica de operación de la Asociación y de su forma de pensar. Por una parte, cabe resaltar la familiaridad que existe entre sus miembros, pues como se dijo, todos, de una u otra manera, son familia, y si bien existen líderes fuertes, las decisiones son producto del consenso, todas tienen la posibilidad de proponer y argumentar, y entre todas deciden qué hacer. Y lo más importante, no hacen planes *en el aire*, sino que buscan “aterrizarlos”, identificando actividades, costos y fuentes de financiamiento, no solo con la guía de la líder, sino también, como en esa ocasión, con apoyo externo.

Generación de ingresos y realización de proyectos

Las asociadas generan ingresos de dos maneras: por la participación en la preparación de encargos y por la venta en ferias. En el primer caso, cuando se recibe un pedido (un encargo), la líder convoca a una reunión o va de casa en casa dando la noticia. De la una o de la otra manera, su objetivo es preguntar quién quiere y puede participar; que producto o productos – de los encargados– puede elaborar; y con cuantas unidades puede comprometerse. Un encargo requiere elaborar, por lo general, entre treinta y setenta mochilas, por lo que representa una oportunidad para todas las asociadas. En el segundo caso, las ferias a las que la Asociación es invitada, se escogen una o dos asociadas para que vayan en representación de todas a vender las artesanías de cada una. En ambos casos, si bien la labor comercial se realiza como Asociación, las ventas son individuales. Quien más vende, más dinero percibe, eso se pudo evidenciar en el mes de julio de 2018 donde al regreso de la participación en una de las ferias, los rangos de ganancia eran entre \$25.000 y \$30.000, esto es alrededor de un salario mínimo diario, la ganancia más baja, y entre \$720.000 y \$750.000, alrededor de un salario mínimo mensual, la mayor. Sin embargo, no se pudo conocer la ganancia exacta por asociada.

En ambas situaciones la Asociación recibe también un ingreso. Sus normas prevén un descuento de 5% que se reparte entre recursos para un fondo común (3%) y remuneración de las vendedoras (2%), como reconocimiento por su labor. Cuando se trata de encargos, ese 2% queda para la Asociación, con la idea de que se pueda utilizar, junto con los recursos del fondo común, para cubrir gastos e inversiones comunes, como el transporte para futuras ferias o materiales para la construcción del quiosco o para el pago de servicios públicos.

Por otro lado, la gestión de proyectos por parte de las asociadas. En sus reuniones para definir proyectos, la Asociación sigue esta mecánica: primero, definen si en ese momento les interesa realizar algo con la comunidad; si es así, definen los temas en los que les gustaría trabajar; luego, discuten cómo hacerlo y, de necesitar recursos, cuánto dinero requiere y de donde podrían obtenerlos.

En la reunión del 27 de Julio de 2018, discutieron varias propuestas, entre ellas, reforzar la lengua materna Inga y enseñar a tejer a más personas de la comunidad. La primera, consistía en reforzar esta lengua a partir de actividades didácticas realizadas por las mismas asociadas y por otras personas que quisieran apoyar. Este taller iba dirigido principalmente a los niños y jóvenes de la comunidad, que son quienes están perdiendo esta parte de su cultura. Surgió la cuestión de identificar la fuente de los materiales que fueran a necesitar y acordaron que buscarían apoyo del cabildo o y alguna entidad, que quedó pendiente identificar. La segunda propuesta consistía en enseñar a tejer, no solo mochilas, sino las diferentes artesanías: pulseras con chaquiras o semillas con diferentes tejidos, aretes, collares, entre otros, tanto tradicionales, como creaciones nuevas de las mismas asociadas. La idea era enseñarlo a todas las personas de la comunidad que quisieran aprender, pues consideran que es algo que hace parte de su identidad étnica, de sus costumbres y que son saberes que se van perdiendo al no darle la importancia que se le debería. Ellas no esperan que todo el que aprenda se quiera unir a la Asociación, se trata de hacer un refuerzo por fortalecer y promover su cultura. Se vio

también la necesidad de unificar conocimientos, de generar un intercambio de saberes, no solo hacia la comunidad, sino también entre las asociadas: las que saben hacer mochilas enseñando a las que no; las que saben tejer en croché, a las que no. Para realizar esta actividad se acordó que cada “alumna” lleve su material y que las asociadas con mayor conocimiento se encarguen directamente de la enseñanza. La idea fue realizar varios talleres, los fines de semana donde todo el que quisiera asistir era bienvenido.

Cuando volví a ir a la comunidad, cuatro meses después, participé en uno de esos talleres que se realizó en el salón comunal del cabildo. Ahí, varias asociadas estaban distribuidas a lo largo y ancho del salón, en grupos donde se enseñaba cómo hacer collares con chaquiras, cómo hacer aretes, cómo tejer mochilas. Incluso tuve la oportunidad de aportar conocimiento a algunas asociadas, enseñándoles uno de los tejidos que sé realizar. En esa ocasión participaban alrededor de cuarenta personas, de diversas edades, desde niñas de siete años, hasta señoras de setenta.

Cabe destacar su genuina preocupación por la preservación de su cultura y ancestralidad, la que se ve reflejada en su interés en invertir y desarrollar proyectos (los expuestos) que no generan dinero, pero que son útiles para promover algunos aspectos de su cultura, tales como su idioma y su forma de tejer, esto último aún cuando podría significarles competencia directa.

Acerca del significado de las artesanías

En la presentación de los referentes conceptuales para la aproximación a este caso se presentaron dos posiciones de Giraldo (2017) que ilustran adecuadamente la relevancia de este tema. Por una parte, refiriéndose a la artesanía indígena, en general, la autora decía que era “una clara representación de sus culturas, con la que se satisfacen necesidades ligadas a la cosmovisión de la comunidad”, pero por otra, sentenciaba que hoy su carácter es distinto, pues ha pasado a ser una actividad “ligada a la generación de los ingresos que le ofrece a la comunidad la posibilidad de comercializar sus productos”.

Una primera aproximación a los hallazgos a este respecto lo ofrece el último párrafo de la sección anterior, donde claramente se evidencia que las asociadas están incluso dispuestas a enseñarles a otras personas de la comunidad, incluso no asociadas, incluso mestizas, con el fin de preservar y fortalecer su cultura. Para conocer de primera mano el significado de la artesanía para las integrantes de la Asociación, se exploró con Lucia, Amanda y Rosalba, su percepción sobre el valor –el aporte– de la artesanía, la idea al fondo era explorar si para ellas tiene un importante valor ancestral y cultural, o si es primordialmente una forma de satisfacer una necesidad económica.

Aprovechando que estaba hospedada en la casa de Lucia, le pregunté si me podría enseñar a tejer mochilas. Ella no solo estuvo de acuerdo, sino que además me pidió que le enseñara alguno de los tejidos que hago en manillas. Ese compartir de saberes nos permitió a cada una conocer más de la otra. Mientras nos enseñábamos mutuamente a tejer, tejíamos palabras, e hilvanábamos vivencias.

El día que Lucía me enseñó a tejer, estábamos todos reunidos en la sala, su esposo y sus hijos nos acompañaban. Para empezar la lección, ella recuperó la mochila que tenía en proceso de una cajonera en la sala -un tejido de hilo verde con chaquiras color café-, donde además se guardan los implementos y materiales necesarios para su trabajo. En la cajonera convivían ordenadamente hilos de diversos colores, chaquiras y macanas¹ de distintos grosores, además de otros materiales, un nivel de orden que habla muy bien del cuidado que tiene por la labor.

Se sentó en el piso, al lado de la puerta, con la espalda apoyada en la pared, su lugar fijo para tejer, donde se siente más a gusto. Para estar más cómoda, puso una almohada y se sentó sobre ella. Yo me mantuve a su lado, pendiente de cada movimiento. Para iniciar, estiró una de sus piernas y pasó un cordón que estaba sujeto al tejido verde por el dedo gordo del pie, *eso se hace para tener la mochila suficientemente tensada*, me explicó, agregando que así *quedaran apretados los nudos*. Sus palabras me recordaron lo que hago cuando tejo pulseras: amarrar el hilo a mi zapato y a un objeto -el borde de una silla, la pata de una mesa-, con un propósito similar; tomó firmemente la macana, con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía un hilo muy largo, con chaquiras insertadas en él. Si no estuviera atado, el enredo sería monumental, pensé. *Así pasa más fácil por el ojo*, explicó.

Originalmente, Lucía, no quería hacer mochilas porque era muy difícil para ella. No aprendió *de pequeña* porque no era algo que se hiciera en su familia. Ella nació en Villalobos (Huila) y llegó a Condagua cuando ya tenía once años, allí conoció posteriormente a su esposo quien sí es de Condagua y allí nacieron sus hijos. Para ella aprender a hacer mochilas empezó como una manera de suplir una necesidad, de aprovechar, en el mejor sentido de la palabra, una oportunidad, *Yo también voy a empezar a hacer [mochilas], porque es bueno mirar que la gente [está] contenta con los productos de acá...*, fue su observación inicial.

Al hablar de necesidad, ella se refiere al dinero que puede utilizar para aportar y beneficiar a su familia. Ella aprendió a tejer las mochilas cuando asistió a las reuniones de capacitación, donde sus actuales compañeras de la Asociación le enseñaron, además, a realizar collares y pulseras. *Aún, me siguen enseñando*, dice. Aprendió y al hacerlo desarrolló el gusto por la actividad. No solo disfruta tejer, sino que ve el valor de hacerlo, más allá de las consideraciones económicas. Ella le enseñó a tejer a sus hijos, de hecho, lo hacen de la misma forma que ella, sentados en el piso, con el cordón en el dedo gordo. Su esposo, en cambio, teje sentado en una silla, al frente de ella, con el cordón amarrado a un gancho en el techo, *sentarme mucho en el piso me parece incómodo, me duele la espalda*. A él le enseñó su madre, Rosalba, la mayor de la comunidad.

Si bien con Lucía se puede ver una perspectiva de necesidad como motivación para iniciar con la artesanía, que se ha ido transformando en una costumbre para toda la familia, con

¹“Palos” de más o menos 15 cm de largo que se usan de varios grosores, dependiendo del tamaño del *ojo* del tejido.

Rosalba se aprecia otra perspectiva. Ella ha tejido toda su vida, como se mencionó, a ella le enseñaron sus abuelas, y ellas lo aprendieron de las mujeres de su casa. Para ella, tejer es una forma de mantener su herencia, de compartir sus costumbres con otros y de pasar tiempo en familia. Ahora está enseñándoles la técnica a sus nietos y sus bisnietos, tal y como hizo con sus hijos, cuando eran pequeños. Sabe que es importante, fundamental, compartir ese conocimiento, esa parte de su cultura.

Rosalba principalmente utiliza pita para tejer sus mochilas. Cuando quiere conseguir un color utiliza como base la *kuri wasca*—es una planta de la zona— o la cáscara de sirindango o su semilla; su saber le indica cómo obtener distintas tonalidades, mezclándolas o agregándoles achiote, lodo o algún otro recurso disponible en la naturaleza. La Figura 5, muestra parte del proceso de la *kuri wasca* siendo *rayada*, con *rayador* —palo con chuzos, que se consigue en la zona—, con este proceso logran pintar la pita de diferentes tonalidades, por ejemplo café y así lograr nuevos colores en la fibra para incluirlas en las mochilas (Figura 6) . Ella conoce todos los secretos y los utiliza, no solo para las artesanías, sino también para mantener impecable el color negro que caracteriza a su vestimenta. El caso de Amanda, es similar al de Rosalba, tejer le viene por herencia, es algo que ha hecho durante toda su vida. Y claro, sus hijos ya han aprendido, de ella, el oficio y están listos para entregarlo a los suyos. Amanda disfruta tejer, pero aprecia también que se haya convertido en una opción para subsistir y mantenerse.

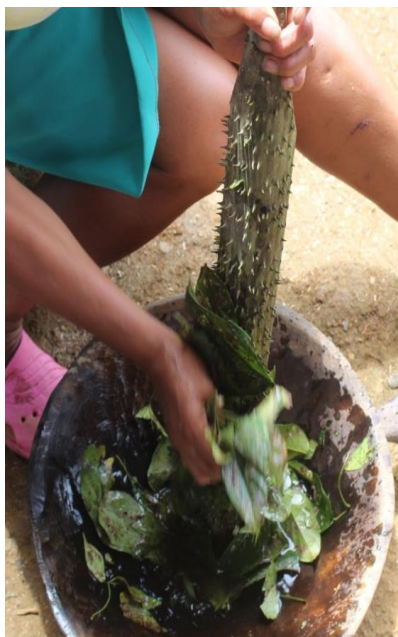


Figura 5. Asociada rayando la *kuri wasca*



Figura 6. Mochila de fibra natural de dos tonalidades

Lo anterior lo podemos contrastar con lo dicho por Tavera de Téllez (1994) y Sekik (2016), quienes exponen que los logros ancestrales están tan fuertemente arraigados a la cultura de un pueblo que el oficio del tejido se lleva como una necesidad, como una costumbre y una forma de conocer y de dar a conocer sus tradiciones, sus conocimientos ancestrales y su memoria; como una manera de interpretar su entorno y ocupar su tiempo. Si bien esto aplica en nuestro caso, también hay que reconocer que esta actividad es algo cotidiano y una ayuda para ganarse el sustento. Esto lo vemos descrito por nuestras tres integrantes, para Lucía empieza como una necesidad económica y se va transformando, primero en una forma de ocupar su tiempo y ser productiva, luego en una actividad inherente al ser de su familia; para Rosalba, empieza como una costumbre, como algo que en su familia *se debe enseñar a hacer*, y hoy es la manera de mantener ese saber ancestral; para Amanda, es una costumbre y una necesidad, una forma de sustento y algo que le apasiona y quiere seguir haciendo. A las tres les genera un ingreso económico y un reconocimiento por su trabajo, pero también les brinda una satisfacción familiar, social y cultural. Saben que hacer artesanías, les puede generar un ingreso, pero tienen claro también que es una forma de mantener sus costumbres y transmitirlos a otros.

Por otro lado, Giraldo (2017, p.23), explica algo que se evidencia con fuerza en las diversas actividades del proyecto de investigación, pero que logra su punto más alto cuando se mencionan los saberes de Rosalba:

Los artesanos viven en un sistema económico donde el medio suple la mayoría de las necesidades para su subsistencia, en ocasiones se encuentran asentados en zonas incomunicadas... por lo que su relación con el territorio de origen y las materias primas son claves para el trabajo artesanal.

Y así sucede en Condagua, donde los materiales de sus artesanías son ancestrales, porque los han utilizado los mayores y, según ellos, ha sido transmitido, ese conocimiento, de generación en generación, además de ser insumos que provienen de su territorio. Ahí, en el campo, se encuentra la pita las semillas de sirindango, la lágrima de San Pedro, varios tipos de cascabel y una amplia variedad de colorantes, que son utilizados para tejer las mochilas y

diferentes artesanías y como se dijo, el uso que antes se les daba era de herramientas para subsistir, para pescar, para recolectar la cosecha, para realizar rituales e incluso algunos para cocinar. Hoy también implementan nuevos insumos como son las chaquiras y las fibras sintéticas como la terlenka, entre otros. Ellos van desarrollando nuevas técnicas con diferentes materiales, mantienen los *tejidos ancestrales* y crean nuevo.

Conclusiones

Como es evidente a lo largo de este texto, la actividad económica y cultural que realizan las mujeres de la Asociación ha tenido un impacto en sus vidas y en las de sus familiares. Uno de los impactos más evidentes es económico, pues es claro que entre la atención de encargos y la participación conjunta en ferias se ha generado una dinámica económica capaz de llevar recursos a las casas con cierta regularidad, lo que ha permitido la integración de estos recursos al presupuesto familiar, sea como su fuente principal o como una de ellas. Hoy, no solo las mujeres participan del negocio de la artesanía, sino que de él se benefician también sus esposos e hijos.

El hecho de que esta actividad sea liderada, tanto a nivel de la Asociación, como a nivel familiar, por las mujeres, les ha generado una independencia y una transformación en sus dinámicas de vida, las ha fortalecido. Es claro que la cotidianidad que narran en sus vivencias Lucia, Rosalba y Amanda nada tiene que ver con las definiciones de marcada desigualdad entre los géneros que menciona Lagarde (2003), como algo tradicional en estos grupos étnicos. Y para saber si esta transformación tiene que ver con la actividad de las mujeres en la Asociación, basta con recordar las palabras de Amanda, quien contaba cómo su esposo, al inicio de su vida como artesana, miraba con *malos ojos* la actividad, no estaba de acuerdo con ella e incluso la prohibía, pues solo él *tenía el derecho de salir y traer un ingreso*, pero que luego, al ver los beneficios tangibles –léase, el mayor ingreso familiar– no solo aceptó la actividad, sino que fue promotor de ella al interior de su hogar.

Una muestra importante de este empoderamiento se aprecia en la evolución del liderazgo en la Asociación, aunque hay hombres en ella –de hecho, su primer presidente fue uno– son dos mujeres las que disputan el favor de las asociadas, y una de ellas es hoy la gobernadora del resguardo. Otra muestra de ello se aprecia en la presentación, discusión, selección e implementación de las iniciativas comunitarias de la Asociación. Las ideas las presentan indistintamente hombres y mujeres, y las decisiones se toman de manera consensuada.

En cuanto al significado de la artesanía para las asociadas, sería necio no reconocer su gran aprecio por su capacidad de producirles ingresos; sin embargo, contrario a la perspectiva de Giraldo (2017) quien ve en lo económico el eje central, sino único, para las asociadas su valor como símbolo de su tradición y su cultura es evidente. La mejor muestra de ello es su empeño en enseñar las técnicas a sus hijos, hombres y mujeres, ya no solo mujeres, como antaño, y su disposición real a compartir sus *secretos* con otros miembros de la comunidad. Si bien heredar el conocimiento a sus hijos podría tener también motivaciones económicas, enseñar la técnica

al resto de la comunidad es algo, que se podría considerar, completamente cultural, pues no tendría sentido, desde una perspectiva económica, crear nuevos competidores.

Más allá de lo previsto en la investigación al momento de su diseño, hay hallazgos importantes que no estaría bien dejar por fuera: sus valores de equidad, solidaridad y familia, y la conciencia de su rol en la preservación de su cultura. Por no ser parte del propósito original de esta investigación ni de su diseño, no se ahondó en ellos ni se buscaron antecedentes o referentes conceptuales; por lo tanto, incluirlos acá no tiene un propósito distinto que el de destacarlos, para que futuros investigadores puedan asumirlos a fondo.

Del primero resalta su entendimiento de la diferencia entre igualdad (todos por igual) y equidad (cada uno según sus posibilidades), al menos al momento de colocar y entregar recursos; en todo lo relatado, hay un montón de ejemplos de ello. Del segundo, que la solidaridad está tan interiorizada, que para ellas es normal pensar primero en el colectivo y no en el efecto de una decisión en su *bolsillo particular*. Un ejemplo de ello es que se obvie el pago de las mensualidades a una asociada que tiene una situación particular, sin que ello represente para ella algún nivel de discriminación o diferencia; otro ejemplo, que lejos de pensar en atender un encargo entre unas cuantas—las más amigas—, se consulte el interés y disponibilidad de todas, para con base en ello repartir de manera equitativa cada oportunidad. Del tercero, basta con leer cualquier parte de las entrevistas para encontrar la envidiable preocupación de cada uno porque el otro se forme, coma, tenga salud, con especial énfasis en los adultos mayores.

La conciencia de su rol en la preservación de su cultura merece un párrafo aparte, las asociadas sienten que tienen responsabilidad en ello y por eso no solo tratan de heredar su cultura a sus hijos, enseñándoles las técnicas de tejido tradicional e involucrándolos en la actividad económica, sino que buscan invertir en cosas en pro de la comunidad, como es el caso de la enseñanza de la lengua Inga y de la enseñanza de sus técnicas de tejido a potenciales competidoras, incluso ajenas a su cultura.

Para cerrar, cabe mencionar algunas inquietudes que surgieron durante la investigación y que pueden servir para futuras investigaciones, además de las ya descritas en los últimos párrafos como hallazgos no previstos:

- ¿De dónde surge la idea del ahorro, algo extraño a su cultura, como valor? Su presencia es evidente, tanto en el ámbito familiar —Lucia, por ejemplo, habla de él como imprescindible para las épocas de bajos ingresos—, y comunitario —la Asociación cobra un porcentaje de las ventas como una manera de generar un fondo para viajes y pagos—.
- La perspectiva masculina (del y sobre el hombre) ¿Cómo es visto y se percibe hoy en ese medio? ¿Cómo se sienten al pertenecer a una Asociación básicamente conformada por mujeres? ¿Cómo son sus dinámicas en el grupo? ¿Qué piensan las asociadas de ellos? ¿Cómo se sienten al obtener un ingreso por medio de las artesanías?

Referencias

- Ardila, M. (2019, dic. 10). La comunidad Inga está en riesgo de desaparición por falta de concertación con el Gobierno [En línea]. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/la-comunidad-inga-esta-en-riesgo-de-desaparicion-por-falta-de-concertacion-con-el-gobierno-articulo-895022>
- Asociación de artesanos Iuiái Wasi (Casa de pensamiento) [portal Web]. (2017, marzo 22). Recuperado de <http://artesanosiuiaiwasi.blogspot.com.co>
- Bessolo, S. (2012). *Inganas bogotanas: líderes, educadoras y cabildantes* [disertación doctoral]. Universidad del Rosario: Bogotá, Colombia.
- Erazo, C. (2018). *Informe del proyecto “Emprenderoras de subsistencia en el sur occidente colombiano: análisis entre las construcciones de género y los programas de asistencia social”* [inédito].
- Giraldo, D. M. (2017). *Reconocimiento de modelos productivos a la economía naranja de las artesanas de Cali* [tesis]. Cali, Colombia: Universidad Icesi.
- Guevara, R. D. (1996). Los ingas del Alto Putumayo: interacción entre etnicidad y género. *Colombia: Ciencia & Tecnología*, 14(2), 24-31
- Hoskins, J. (1998). *Biographical objects: How things tell the stories of people's lives*. New York, NY: Routledge
- Lagarde, M. (2003). Reflexiones sobre antropología, género y feminismo. En: P. Tovar (Ed.), *Familia, género y antropología: desafíos y transformaciones*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Ministerio del Interior de Colombia (2010). *Ingas: el pueblo viajero* [en línea]. Recuperado de: [observatorioetnicocecoin.org.co/cecoin/files/Caracterización del pueblo Inga.pdf](http://observatorioetnicocecoin.org.co/cecoin/files/Caracterización%20del%20pueblo%20Inga.pdf)
- Muñoz, M. (2016, ago. 29). A 20 años de las marchas cocaleras: La coca no es el único problema que padece el Putumayo [en línea]. Recuperado de: <https://prensarural.org/spip/spip.php?article20043>
- Pinzón, C., Suárez, R. & Garay, G (2004). *Mundos en red: la cultura popular frente a los retos del siglo XXI*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez de la Rosa, M. (2008). *Fortalecimiento de la actividad artesanal para familias vinculadas al programa de desarrollo alternativo – PDA en los resguardos de Condagua en el departamento del Putumayo* [Informe]. San Juan de Pasto, Colombia: Artesanías de Colombia-Acción Social.
- Sekik, N. (2016). Las artesanías y el saber hacer de las mujeres: memoria colectiva de Túnez. *Quaderns de la Mediterrània*, 23, 285-288.
- Tavera de Téllez, G. (1994). Tejido precolombino, inicio de la actividad femenina. *Historia Crítica*, 9, 7-12
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.